

Cuando mi propio libro me recordó que no debo desaparecer otra vez

Cuando mi propio libro me recordó que no debo desaparecer otra vez

A veces uno escribe un libro creyendo que lo está dejando para otros.

Lo piensa así, al menos. Imagina a un lector desconocido encontrando una frase en el momento exacto, sintiéndose acompañado por unos minutos, respirando un poco mejor después de pasar por una página. Uno escribe con esa ilusión silenciosa de que las palabras puedan llegar a alguien que, sin saberlo, necesitaba no sentirse tan solo.

Pero hay días en que el libro regresa.

No como éxito. No como aplauso. No como confirmación externa.

Regresa como espejo.

Eso me pasó ayer mientras leía *Fragmentos para quienes siguieron vivos*, un libro que escribí desde muchos lugares que alguna vez me dolieron. No lo abrí buscando una respuesta. Creo que ni siquiera lo abrí con una intención profunda. Fue un día tranquilo. Uno de esos días donde el mundo no hace demasiado ruido y, quizás por eso, uno empieza a escuchar mejor lo que lleva dentro.

Y mientras leía, sentí algo extraño.

Era como si no estuviera leyendo algo escrito por mí, sino algo escrito para mí.

Como si una versión anterior de Noel, una que ya había cruzado ciertos lugares oscuros, le estuviera hablando al Noel de esta semana. Como si me dijera: “No vuelvas ahí. No vuelvas a hacerte pequeño. No vuelvas a desaparecer para no incomodar. No vuelvas a pedir permiso por existir.”

Cuando mi propio libro me recordó que no debo desaparecer otra vez

Esa fue la parte que más me tocó.

Porque esta semana, sin darme cuenta, estaba acercándome otra vez a una versión de mí que conozco demasiado. Esa versión que se calla para no hacer ruido. La que baja la mirada para no parecer demasiado. La que se hace pequeña para que otros no se sientan amenazados. La que aprende a existir con cuidado, como si vivir plenamente fuera una falta de respeto hacia alguien más.

Y no.

Ya no puedo volver a ser esa persona.

No después de todo lo que he vivido.

No después de todo lo que he llorado.

No después de todo lo que me costó entender que no vine a este mundo para pedir permiso por ocupar espacio.

A veces uno cree que superar algo significa no volver a sentirlo nunca más. Pero quizás no funciona así. Quizás hay heridas que vuelven a tocar la puerta, no porque uno no haya avanzado, sino porque quieren comprobar si todavía tienen la misma autoridad de antes.

Y esta vez, al leer mi propio libro, entendí que no.

Todavía puedo sentir miedo. Todavía puedo sentir vacío. Todavía puedo tener días donde algo dentro de mí quiera esconderse otra vez.

Pero ya no soy la misma persona que antes se dejaba arrastrar por eso sin defenderse.

He sobrevivido demasiado como para volver a desaparecer por comodidad ajena.

Cuando mi propio libro me recordó que no debo desaparecer otra vez

He cruzado demasiado como para seguir pidiendo perdón por querer ser mejor.

He aprendido demasiado como para seguir creyendo que hacerme pequeño es una forma de paz.

Durante mucho tiempo pensé que ser amable significaba no molestar. No sobresalir. No decir demasiado. No ocupar mucho espacio. No hacer sentir incómodo a nadie con mi presencia, con mis sueños, con mis ganas de crecer, con mi forma de ser.

Pero eso no era amabilidad.

Era miedo vestido de educación.

Era una forma lenta de abandonarme.

Y creo que muchas personas viven así. No porque sean débiles, sino porque en algún momento aprendieron que ser demasiado visibles traía consecuencias. Que hablar demasiado podía incomodar. Que brillar demasiado podía despertar críticas. Que tener sueños demasiado grandes podía hacer que otros se burlaran. Que ser uno mismo, con toda la verdad encima, podía costar afectos, pertenencia o aceptación.

Entonces uno empieza a reducirse.

Un poco hoy.

Otro poco mañana.

Hasta que un día ya no sabe si está siendo humilde o si se está borrando.

Por eso leer *Fragmentos para quienes siguieron vivos* fue liberador. No porque el libro me diera una solución perfecta. No porque cerrara todo lo que todavía duele. No porque me prometiera que nunca volveré a sentirme perdido.

Cuando mi propio libro me recordó que no debo desaparecer otra vez

Fue liberador porque me recordó que ya he estado ahí.

Y más importante todavía: me recordó que ya salí de ahí.

Ese libro no es una respuesta para nadie. Al menos no quiero verlo así. No nació para decirle a otros cómo vivir, cómo curarse, cómo seguir o cómo convertirse en una versión perfecta de sí mismos. Nació desde un lugar más honesto: desde la necesidad de acompañar.

Hay libros que no llegan con respuestas.

Llegan con presencia.

Llegan para sentarse al lado de uno y decir: “Yo también conozco ese lugar.”

Y a veces eso basta.

No para resolverlo todo.

Pero sí para no sentirse solo dentro de lo que duele.

Ayer, mientras leía mis propias palabras, recordé que hay textos que escribimos con una intención y después regresan con otra. Yo pensé que estaba dejando algo para quienes alguna vez se sintieran cansados de vivir a medias, para quienes se hubieran sentido solos, para quienes hubieran aprendido a callar demasiado, para quienes hubieran sobrevivido sin saber cómo nombrar lo que estaban sobreviviendo.

Pero también me lo había dejado a mí.

Quizás sin saberlo.

Quizás uno siempre escribe también para una versión futura de sí mismo que un día va a necesitar recordar lo que ya sabe.

Cuando mi propio libro me recordó que no debo desaparecer otra vez

Y esto era lo que yo necesitaba recordar:

No puedo volver a desaparecer.

No puedo volver a hacerme pequeño para que otros estén cómodos.

No puedo volver a pedir permiso por existir.

No puedo fingir que no quiero crecer solo para que nadie se sienta menos.

No puedo vivir con cuidado eterno, como si mi vida fuera una habitación prestada donde debo evitar mover los muebles.

He luchado demasiado para eso.

He perdido demasiado para eso.

He escrito demasiado para eso.

Y si alguien se incomoda con mi deseo de ser yo, esa incomodidad ya no puede ser mi jaula.

No lo digo desde rabia destructiva. Lo digo desde dignidad.

Porque llega un momento en que uno tiene que elegir entre seguir complaciendo el miedo de los demás o empezar a respetar la vida que tanto le costó reconstruir.

Y yo quiero respetar mi vida.

Incluso cuando no la entiendo.

Incluso cuando me pesa.

Incluso cuando vuelven emociones antiguas y me susurran que sería más fácil esconderme.

No.

Cuando mi propio libro me recordó que no debo desaparecer otra vez

Ya no.

Tal vez esta semana necesitaba pasar por lo que pasé para volver a abrir ese libro y entenderlo de otra manera. Tal vez hay palabras que solo terminamos de comprender cuando regresamos a ellas con una herida nueva. Tal vez escribir no siempre salva en el momento, pero deja pequeñas señales para cuando volvemos a perdernos.

Ayer, mi propio libro fue una de esas señales.

No me dio una respuesta.

Me dio memoria.

Me recordó que he sobrevivido antes.

Me recordó que no estoy obligado a repetir la versión de mí que aprendió a callar para ser aceptada.

Me recordó que seguir vivo no significa solo respirar, trabajar, cumplir, sonreír y continuar.

También significa volver a ocupar el espacio que alguna vez uno entregó por miedo.

Y quizás eso es lo que más agradezco de haber escrito *Fragmentos para quienes siguieron vivos*: que, sin prometerme una vida perfecta, me recordó algo esencial.

Todavía estoy aquí.

Y esta vez no pienso hacerme pequeño para que otros puedan mirar mejor.